

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)

Pasada por la izquierda

Cuando en el año 1982, el Partido Socialista puso manos a la obra para dar a la sociedad española su prometida pasada por la izquierda, no todos los ciudadanos adivinaron su verdadero significado. En aquellos instantes, cada uno se imaginaba una cosa distinta, lo cual es perfectamente comprensible, porque en cada mente se amasaban muy diversas imágenes, recuerdos, vivencias, ilusiones, ambiciones, temores y recelos.

Unos se alborozaban con la sola imagen de una gran cizalla, que iba a cortar todas las cadenas, absolutamente todas las cadenas, que les amarraban a la pobreza, a la insignificancia, e incluso al trabajo. Veían en el horizonte un resplandor de libertad, de una libertad ensañada, que les iba a permitir recorrer gratuitamente todos los caminos.

Otros se imaginaban que la pasada por la izquierda iba a suponer un terremoto de clases, que iba a igualarlas a todas, a nivel de escombros.

Otros se embelesaban con el advenimiento del reino de la suprema justicia, en el cual todo sería como debe ser, y todo estaría donde debe estar. La pasada por la izquierda corregiría todas las injusticias históricas, y abriría las puertas a una era luminosa, en la cual todos compartiríamos todo como hermanos en un paraíso.

Otros pensaban que la pasada por la izquierda iba a aterrar las noches con el sigilo felino de nuevas Brigadas del Amanecer, y los días, con el trepidar de nuevos camiones cargados con viejos milicianos.

Unos veían en la pasada por la izquierda la esperada unción de aquella grey fiel, que salía a la luz desde las catacumbas del franquismo. Y otros, en cambio, veían veneradas imágenes ardiendo a las puertas de las iglesias, y la mirada mansa, clavada hacia dentro, de los mártires que caminaban hacia el suplicio.

Otros, más prácticos, se alborozaban con la

pasada por la izquierda porque presentían que, con ella, iban a seguir teniendo lo suyo, y además iban a incrementarlo con lo que les tocase en el reparto. Para ellos, el reparto de lo de los demás abría unas posibilidades realmente insospechadas.

Otros presentían que, al fin, se acercaba el momento de vivir en libertad verdadera, de alcanzar todas las frutas ajenas, que antes estaban prohibidas, de pisar caminos donde no los hay, de recolectar donde no se ha sembrado, y de disfrutar de todos los derechos, propios y ajenos.

Otros, finalmente, daban por sentado que la pasada por la izquierda sería de larguísima duración, y que, incluso, podría añadir un nuevo siglo de honradez al que ya tenía el socialismo en su currículum vitae.

Cuando se inició la pasada por la izquierda, en 1982, cada uno se la imaginaba de una manera. Ahora, que el socialismo ha mostrado ya a la sociedad todo lo que traía bajo el poncho, cada uno puede cotejar las expectativas que tuvo entonces con las realidades que ve ahora, y sacar sus propias conclusiones. Las mías, en síntesis, son las siguientes:

Se ha producido una extensa aceptación de la deshonestidad, acompañada, en muchos casos, de despenalización, una notoria parasitación fiscal de la laboriosidad, un alborozado descubrimiento de las delicias del dinero y de las partes pudendas, un rompimiento de amarras de los valores morales, un escandaloso abuso del dinero público, una sistemática manipulación de la información para ahormar las mentes, una intolerable intromisión del Estado en las vidas y comportamientos privados, y un monstruoso crecimiento de la hidra burocrática.

La pasada por la izquierda ha hecho posible, además, que algunos pobres del mundo hayan llegado hasta arriba, e instalados allí, hayan dejado de ser pobres del mundo.

(*) Profesor de Investigación